

## Carlomagno y el hallazgo del cuerpo de Santa Ana

Lo siguiente sin duda será tomado por algunos como un ejemplo barroco —o peor aún, romántico— de una fascinación católica poco ilustrada y retrógrada por la leyenda. Que así sea. Lo que los críticos que generalmente ofrecen estos escepticismos nos han dado a cambio de una "leyenda" santa es tan estéril que, al leer sus banalidades, nos encontramos ansiando "la religión de antaño" que ellos encuentran tan sensiblera.

Llegará el día en que se dirá con certeza de estos críticos —y para que todo el mundo lo vea— que "se equivocaron sobre la evolución, sobre la inerrancia de las Escrituras, sobre Santa Filomena, sobre el Santo Sudario de Turín y sobre casi todo lo demás que pontificaban con tanta certeza". Mientras tanto, disfrutemos de una buena dosis de asombro católico sobrenatural y bien escrito, cortesía de Santa Ana y Sor Catalina. — Webmaster (festividad de Santa Ana: 26 de julio de 2008)

Catorce años después de la muerte de Nuestro Señor, Santa María Magdalena, Santa Marta, San Lázaro y los demás del pequeño grupo de cristianos que fueron amontonados en una barca sin velas ni remos y empujados mar adentro para perecer —durante la persecución de los cristianos por los judíos de Jerusalén— tuvieron cuidado de llevar consigo el cuerpo tiernamente amado de la madre de Nuestra Señora. Temían que fuera profanado en la destrucción que Jesús les había anunciado que sobrevendría a Jerusalén. Cuando, por el poder de Dios, su barca sobrevivió y finalmente llegó a las costas de Francia, el pequeño grupo de santos enterró el cuerpo de Santa Ana en una cueva, en un lugar llamado Apt, en el sur de Francia. La iglesia, que posteriormente se construyó en el lugar, cayó en declive debido a las guerras y las persecuciones religiosas, y con el paso de los siglos, el lugar de la tumba de Santa Ana cayó en el olvido.

Los largos años de paz que el sabio gobierno de Carlomagno brindó al sur de Francia permitieron al pueblo construir una magnífica iglesia nueva en el lugar de la antigua capilla de Apt. La construcción de la gran estructura requirió un trabajo extraordinario y minucioso, y cuando llegó el día de su consagración [Domingo de Pascua del año 792 d. C.], el amado Carlomagno, sin sospechar lo que le aguardaba, se declaró verdaderamente feliz de haber viajado tantos kilómetros para estar presente en la santa ocasión. En el momento más solemne de la ceremonia, un niño de catorce años, ciego, sordomudo de nacimiento —y habitualmente callado e impasible—, ante el asombro de quienes lo conocían, distrajo por completo la atención de toda la congregación al mostrarse repentinamente tremendamente emocionado. Se levantó de su asiento, caminó por el pasillo hasta los escalones del altar y, para consternación de toda la iglesia, golpeó su bastón resonantemente una y otra vez en un solo escalón.

Su familia, avergonzada, intentó sacarlo, pero él no se movió. Continuó golpeando frenéticamente el escalón, esforzándose con sus débiles y entorpecidos sentidos por transmitir un conocimiento que llevaba sellado sin remedio en su interior. La mirada del pueblo se posó en el emperador, y este, aparentemente inspirado por Dios, tomó la iniciativa. Mandó llamar a obreros para que desmontaran los escalones.

Un pasadizo subterráneo se reveló justo debajo del lugar que el bastón del niño había indicado. El muchacho ciego saltó a este pasadizo, seguido por el emperador, los sacerdotes y los obreros.

Se abrieron paso bajo la tenue luz de las velas, y cuando, más adelante en el pasillo, se toparon con un muro que les impedía avanzar, el muchacho indicó con una seña que también debían retirarlo. Al caer el muro, apareció otro pasillo largo y oscuro. Al final de este, los investigadores encontraron una cripta, sobre la cual,

para su profundo asombro, una lámpara de vigilia, encendida y encendida en un pequeño recoveco amurallado, proyectaba un resplandor celestial.

Mientras Carlomagno y su afligido pequeño guía, junto con sus compañeros, se encontraban ante la lámpara, esta se apagó. Y en ese mismo instante, el niño, ciego, sordomudo y mudo de nacimiento, sintió que la vista, el oído y el habla inundaban sus jóvenes ojos, oídos y lengua.

Es ella! ¡Es ella! —gritó. El gran emperador, sin saber lo que quería decir, repitió las palabras. La multitud en la iglesia, en lo alto, respondió al llamado, y todos se arrodillaron, inclinados ante la presencia de algo celestial y sagrado.

Finalmente se abrió la cripta y se encontró un ataúd en su interior. Dentro del ataúd había un sudario, y dentro del sudario, reliquias, y sobre las reliquias había una inscripción que decía: «Aquí yace el cuerpo de Santa Ana, madre de la gloriosa Virgen María». Se observó que el sudario era de diseño y textura orientales.

Carlomagno, abrumado, veneró con profunda gratitud las reliquias de la madre de la Reina del Cielo. Permaneció largo tiempo en oración. Los sacerdotes y el pueblo, sobrecogidos por las gracias recibidas en tanta abundancia y por la elección de su territorio para tan celestial manifestación, hablaron durante tres días, pero rara vez, y siempre en susurros.

El emperador hizo redactar un relato exacto y detallado del milagroso hallazgo ante un notario y lo envió al papa San León III, junto con una carta suya. Estos documentos y la respuesta del papa se conservan hasta nuestros días. Numerosas bulas papales han atestiguado, una y otra vez, la autenticidad de las reliquias de Santa Ana en Apt.

En este santuario, donde aún reposan la mayor parte de las reliquias, se han producido innumerables curaciones y conversiones: el primer santuario en Occidente dedicado a la tierna comprensiva y potentísima santa cuyo auguste e inefable privilegio fue ser madre de la Madre de Dios e instrumento de la Inmaculada Concepción.